

Col·lecció  
Castelló Negre

---

# JUEGO DE SABIOS

SUSO POSTIGO PITARCH



UNARIA  
EDICIONES

Primera edición: Abril 2022

**Textos**

Suso Postigo Pitarch

**Maquetación**

Akane Studio

**Edita**

Unaria ediciones

[www.unariaediciones.com](http://www.unariaediciones.com)

[hola@unariaediciones.com](mailto:hola@unariaediciones.com)

**ISBN**

978-84-123658-9-4

**Depósito legal**

CS338-2022

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A todos los que desarrollan plenamente su saber y a mis hijas,  
Claudia y Mariola, para que alcancen elevadas cotas de saber*

UNO. MADRID. OCTUBRE 2019.....	13
DOS. PARÍS 1891.....	18
TRES. MADRID. OCTUBRE 2019.....	24
CUATRO. MADRID 1892.....	34
CINCO. MADRID. OCTUBRE 2019.....	38
SEIS. PARÍS 1894.....	45
SIETE. MADRID. OCTUBRE DE 2019.....	52
OCHO. PARÍS 1898.....	59
NUEVE. PARÍS. OCTUBRE DE 2019.....	66
DIEZ. MADRID 1901.....	72
ONCE. PARÍS. OCTUBRE 2019.....	77
DOCE. PARÍS. ABRIL DE 1906.....	81
TRECE. PARÍS. OCTUBRE 2019.....	84
CATORCE. ESTOCOLMO 1906.....	102
QUINCE. PARÍS. OCTUBRE 2019.....	110
DIECISÉIS. BRUSELAS. OCTUBRE 1911.....	121
DIECISIETE. NUEVA YORK. OCTUBRE 2019.....	125
DIECIOCHO. PARÍS. NOVIEMBRE 1911.....	130
DIECINUEVE. NUEVA YORK. OCTUBRE 2019.....	136
VEINTE. MADRID 1931.....	144
VEINTIUNO. NUEVA YORK. OCTUBRE 2019.....	153
VEINTIDÓS. FRANCIA 1934.....	168
VEINTITRÉS. NUEVA YORK. OCTUBRE 2019.....	171
VEINTICUATRO. MADRID 1934.....	185
VEINTICINCO. NUEVA YORK. NOVIEMBRE 2019.....	190
VEINTISÉIS. MADRID. OCTUBRE 1940.....	194
VEINTISIETE. NUEVA YORK. NOVIEMBRE 2019.....	200
VEINTIOCHO. MADRID. NOVIEMBRE 2019.....	208
EPÍLOGO.....	212

*Nada en este mundo debe ser temido... solo entendido.*

**Marie Curie**

**UNO. MADRID. OCTUBRE 2019**

La doctora Ana Ros era ambiciosa y siempre soñaba con convertirse en una gran investigadora. Aspiraba a poder ofrecer a la humanidad un avance médico de gran magnitud y emular a los grandes científicos de la historia. En su casa se había vivido la pasión por la medicina desde hacía varias generaciones; su padre, un reputado oncólogo jubilado, y su abuelo, un destacado otorrinolaringólogo, gozaron de un gran prestigio a lo largo de su dilatada carrera como galenos. Sin embargo, ni ellos ni varios colegas de profesión pudieron hacer nada por salvar a su madre, quien fue profesora de filosofía y falleció por una enfermedad degenerativa de la que se contabilizaban muy pocos casos en el planeta.

Recordó la imagen de su rostro, siempre lleno de alegría, de luz, de vida... De cabellos rubios como ella, también de melena corta y ambas de complexión delgada. Casi paralizada por ese recuerdo, tomó asiento en uno de los divanes acolchados de una de las zonas de descanso y espera del Hospital Universitario Ramón y Cajal de Madrid, donde desempeñaba su actividad médica e investigadora. Dejó caer las manos sobre sus muslos y agachó la cabeza, para después

llevarlas a sus cabellos, a la altura de las sienes y buscar alivio a su tristeza.

Tan solo habían transcurrido siete meses de su muerte y todavía la sentía muy cerca. Su padre no había salido apenas de casa tras el deceso. Ocupaba su tiempo en la lectura de libros y artículos de revistas médicas cuyo contenido fuera el estudio de la longevidad, la forma de combatir la degradación de las células del cuerpo humano y cómo retrasar el final de la existencia. También mantenía contacto periódico con algunos expertos de medio mundo que investigaban sobre ello.

Alzó la mirada y se evaporaron de inmediato sus pensamientos al percatarse de que una de las luces del techo parpadeaba, como si estuviera a punto de fundirse. Lo interpretó como una metáfora de lo que estaba pensando, de la vida y de la muerte. A la lámpara, de resplandor blanco y hermoso, se le escapaba la luz, le empezaba a fallar la luminosidad y lo próximo sería la oscuridad definitiva. Una lágrima resbaló por su mejilla.

Su trabajo se centraba en la cirugía maxilofacial, una especialidad médico—quirúrgica dedicada a aquellos procesos patológicos de afección a la cara y el cuello. Había tenido la suerte de trabajar con el equipo médico que realizó el primer trasplante facial a una mujer francesa, de 38 años, cuyo perro le había arrancado media cara a dentelladas. El equipo de médicos franceses del hospital Eduard Herriot de Lyon y los facultativos de la unidad maxilofacial del hospital de Amiens se habían portado muy bien con ella, ofreciéndole la primera gran oportunidad de su carrera. Durante varias horas practicaron a la paciente una alografía parcial de la cara en nariz,

mentón y labios que había supuesto devolverle las ganas de vivir, aunque ya nunca fuese la misma de antes.

Recordó que debía consultar el expediente de un paciente al que otro médico había operado hacía varios años, y que en unos días ingresaría en el hospital para someterse a un nuevo proceso quirúrgico. Se trataba de un joven que había sufrido un brutal accidente de motocicleta, que le desfiguró las facciones de su rostro. Ahora era necesario concluir la reparación de los daños causados en la barbilla y parte del cuello mediante una, aparentemente, sencilla intervención quirúrgica que tenía previsto practicar en el plazo de unas dos semanas.

La zona central del edificio ofrecía un aspecto muy diferente al mostrado unas horas antes, cuando hombres y mujeres, ataviados con batas y carpetas apoyadas en el pecho, iban y venían de unas dependencias a otras. De laboratorios a quirófanos, de lugares de descanso a salas de reuniones, de la cafetería al archivo. Tan solo la doctora Ros había roto el silencio de la noche caminando por uno de los pasillos con habitaciones de pacientes.

En el momento de encaminar sus pasos hacia uno de los ascensores, la doctora oyó un ruido grave y contundente. No vio a nadie en el pasillo. Permaneció inmóvil durante unos segundos esperando a que llegara a sus oídos un nuevo estruendo, pero no oyó nada. Siguió caminando en dirección a la salida del centro. Alzó la mirada y comprobó que la puerta del archivo se encontraba abierta, lo que le llamó poderosamente la atención; no era habitual que a esas horas hubiera nadie en su interior.

El archivo médico no era una dependencia única, sino que existían otras estancias en todo el centro. Este, en concreto,



servía para guardar documentación relacionada con las fichas de acceso y altas de pacientes, aunque también contaba con varios armarios metálicos donde se custodiaban experimentos y resultados de investigaciones realizadas por distintos profesionales de la medicina en el instituto. También quedaban en depósito historiales médicos, datos del personal y otros documentos de interés.

Avanzó con paso cauteloso, casi de puntillas, pegando su cuerpo al extremo izquierdo de la galería, para divisar mejor el interior de la dependencia. La estancia no era pequeña, disponía de una superficie que superaba los 200 metros cuadrados, aunque no era diáfana, pues contaba con columnas y pasillos que formaban cavidades muy adecuadas para el fin al que se había destinado. No había luz en la habitación, pero sí se vislumbró un haz luminoso, al parecer de una linterna de un teléfono móvil. Ana supo entonces que algo no iba bien, sintió miedo, pero su curiosidad fue mayor. Pensó que lo más prudente sería avisar a David, pese a eso se aproximó a la altura del marco de la puerta, que se encontraba semiabierta, sin ninguna llave en la cerradura. Tampoco apreció ningún signo de que hubiera sido forzada, lo cual le tranquilizó un poco. Cabía la posibilidad de que se tratara de un fallo en el suministro eléctrico de la habitación, circunstancia por la cual quien se encontrara en su interior se había hecho acompañar de un dispositivo luminoso con baterías, por lo que podía tratarse de alguien del personal de mantenimiento. Así lo interpretó convencida de un hecho tan normal que su preocupación interior y extrañeza la abandonaron en pocos segundos.

—¡Hola! Soy la doctora Ros. ¿Hay algún problema? —vociferó con mayor serenidad.

Pero un nuevo impacto sonoro, similar al que había oído minutos antes desde la otra parte del pasillo, volvió a romper el silencio de la noche. El ruido estuvo acompañado del sonido producido por unos pasos, por alguien que se aproximaba y que corría en su dirección. Ana, con la ayuda de la linterna de su teléfono móvil, se había adentrado por uno de los pasillos rodeados por numerosos armarios que guardaban celosamente parte de la historia del instituto médico. Esas puertas daban acceso a la información a través de la apertura de cerraduras con juegos de llaves que solo unos pocos tenían en su poder, probablemente tres o cuatro personas, no más.

Ana siguió caminando cuando una sombra, cuyos rasgos dejaban adivinar una figura humana, se le presentó de forma violenta. Intentó zafarse de ella y protegerse detrás de una de las columnas, pero su reacción fue inútil. El desconocido se abalanzó sobre ella produciendo un encontronazo que le ocasionó un fuerte dolor en uno de sus hombros y en parte de uno de sus senos. El miedo se apoderó de ella y no pudo ni articular palabra. Finalmente, tras perder el equilibrio, su cuerpo cayó pesadamente en el suelo.